

EL EXPOLIO ECOLÓGICO DEL ÁFRICA SUBSAHARIANA

Joaquim Sempere

Profesor de Sociología en la Universidad de Barcelona

Ponencia pronunciada en catalán

La crisis ecológica que afecta al mundo de hoy en día se experimenta en África de una manera peculiar. Efectivamente, la causa principal de esta crisis es la aplicación masiva a la industria, los transportes y la agricultura de unas técnicas científicas muy agresivas para la biosfera y la utilización masiva de fuentes energéticas fósiles. Y eso en el marco de un sistema económico expansivo, el capitalismo, que tiene una tendencia intrínseca a ampliar su radio de acción y colonizar más y más esferas de la actividad humana y de los recursos naturales. En una primera consideración, parecería que un continente que ha llegado tarde al progreso tecnocientífico y que conserva aún muchas formas tradicionales de trabajar, de producir y consumir, no tendría que estar gravemente afectado por el impacto ambiental experimentado en Europa, América del Norte, Japón y los otros países que han seguido la vía industrializadora de este último siglo y medio.

El hecho es, pero, que la observación nos pone en evidencia un deterioro grave de los ecosistemas africanos. África se ha incorporado a la economía mundial, a la economía-mundo, por decirlo con palabras de Immanuel Wallerstein, de la peor manera posible. Está sufriendo los efectos negativos de la crisis ecológica sin beneficiarse de las mejoras que aporta la producción tecnocientífica.

¿Por qué están pasando así las cosas? Los males actuales de África (de África negra más concretamente) derivan del tipo de relación que establecieron con ella los países portadores del progreso tecnocientífico moderno, es decir, los países europeos. Sólo mencionaré de pasada el comercio de esclavos, porque queda lejos. Pero tampoco se puede olvidar, porque además del desastre humano que representó, dejó unas profundas cicatrices. Se calculan entre 12 y 15 millones los esclavos que fueron transferidos al Nuevo Mundo durante los 4 siglos que duró este comercio infamante, pero el número de víctimas humanas se tendría que multiplicar por 3 o 4 como mínimo, incluyendo los muertos durante el viaje transoceánico y los muertos durante las guerras de rapiña de los reyes y señores africanos de la costa atlántica que capturaban esclavos en las tierras del interior para intercambiarlos por tejidos y armas que les proporcionaban los navegantes europeos. Todo aquello generó una desestructuración social seguramente importante en todas las zonas afectadas.

El colonialismo no se inició en África negra hasta el siglo XIX, cuando gracias a los progresos médicos y farmacológicos los blancos europeos pudieron penetrar en el continente con más garantías de poder resistir el clima y las enfermedades propias de los territorios ecuatoriales y tropicales. El colonialismo fue fomentado por la industrialización europea, que generó una demanda creciente de materias primas y de mercados exteriores. También la colonización, como el comercio de esclavos, se emprendió, por parte de los europeos, sobre la base de la ignorancia y el menosprecio de la población autóctona, considerada por muchos como infrahumana. Ignorancia y menosprecio que han marcado un siglo y medio de relaciones.

Desde el punto de vista de los problemas que trataremos hoy aquí, es decir, de los problemas ambientales, el colonialismo tuvo efectos relativamente reducidos, o en todo caso mucho menos graves que los efectos sufridos posteriormente, sobre todo durante el período postcolonial, de 1945 en adelante. Quiero destacar un aspecto paradójico de esta historia. Una primera mirada a los hechos nos hace ver que la descolonización, a pesar de algunos éxitos y mejoras iniciales en algunos países, y a pesar del progreso neto que suponía la independencia política, inició una evolución económica, pero también política, que ha empeorado notablemente la situación de muchos países de África negra. Después de la descolonización, a partir de los años 50 y 60, todos los problemas empiezan a agravarse. La situación económica se deteriora, el saqueo ecológico llega a sus niveles culminantes, la deuda externa ahoga a aquellos países, estallan múltiples guerras. Este hecho se ha aprovechado para hacer una insidiosa propaganda que sostiene que los africanos no se saben gobernar, y añadiendo, incluso, que la época colonial había sido mejor que la postcolonial.

La aparente paradoja, pero, tiene una explicación. A partir de 1950 aproximadamente, la Europa de posguerra se ha reconstruido y empieza la época dorada del capitalismo occidental, "los 25 años gloriosos", que llegan aproximadamente hasta 1975, durante los cuales el crecimiento en Europa y en todo Occidente alcanza cifras espectaculares. Es la época de la gran expansión del consumo de masas, y por tanto de una demanda masiva y creciente de recursos materiales y energía. La ampliación incesante del capital fijo (maquinaria) y la producción industrial creciente de artefactos de consumo más y más sofisticados técnicamente comporta más demanda de fuentes energéticas fósiles, sobre todo petróleo y gas, y de uranio, más demanda de productos agrícolas como café, té, cacao, vainilla, algodón, etc., más demanda de madera y pasta de papel y más demanda de minerales y metales necesarios para la nueva producción química y de maquinaria industrial y doméstica, como el cobre, el cromo, el plomo, el mercurio, el níquel, el zinc, el molibdeno, el vanadio, el titanio, el cadmio, el columbio, el tantalio, etc. Muchos de estos metales eran conocidos antes pero no eran apenas utilizados en la industria.

Europa tenía una finca particular, un patio trasero, un subcontinente entero a su disposición: África negra. Había llegado el momento de sacar todo el provecho de las relaciones de dependencia que el colonialismo había establecido en África respecto a Europa.

Si en la época colonial el expolio de África no había alcanzado las dimensiones posteriores, en cambio el colonialismo estableció unas estructuras económicas y unos hábitos de dependencia y subordinación que han sido heredados por los nuevos estados independientes y que explican muchos de los males presentes. Esta herencia envenenada se resume en una expresión sintética: **economías heterocentrales**. Eso significa que las capacidades productivas fomentadas por los colonos iban básicamente orientadas no a satisfacer las necesidades de la población autóctona, no a desarrollar los mercados interiores, no a dar prioridad a la alimentación, las infraestructuras locales, la educación, la sanidad, sino que iban orientadas básicamente a producir artículos destinados a los países del Norte (en la inmensa mayoría, materias primas). Es significativo observar las escasas comunicaciones ferroviarias instaladas por los europeos, que no unían los grandes centros urbanos entre sí, sino las regiones dotadas de riqueza material o de plantaciones con los puertos donde embarcar la mercancía. Además, las actividades exportadoras no dejaban intactas las estructuras económicas tradicionales autóctonas. Los pobladores autóctonos eran expulsados por la fuerza hacia tierras marginales, menos productivas, sin interés para los colonos. Se introdujeron mecanismos para obligar a los autóctonos a entrar en la economía monetaria, sobre todo el pago de impuestos en dinero, en

la moneda de las administraciones locales, que obligaban a la gente o bien a orientar su producción agrícola hacia el mercado, y especialmente hacia el mercado exportador, o bien a trabajar por un salario en las plantaciones de los colonos o en las minas. Todo eso desestructuró y reorganizó las economías de aquellas sociedades. Uno de los efectos de mayor alcance fue reducir las actividades agrícolas y forestales de subsistencia. Otro efecto de gran alcance, como veremos, fue la creciente dependencia de la importación de alimentos del exterior. Pero de eso hablaremos a continuación.

Antes de continuar, quiero subrayar que los africanos no se resignaron pasivamente a estas imposiciones, y que por tanto no se les puede acusar de haber aceptado sin resistencia un destino subalterno. La colonización, durante los siglos XIX y XX, está llena de luchas de resistencia que costaron centenares de miles de muertos, millones de muertos, matanzas masivas, auténticos genocidios como los perpetrados contra los hereros de Namibia, exterminados bajo el gobernador alemán Von Trotta antes de la primera guerra mundial, o los perpetrados por Leopoldo II en Congo. Una de las estrategias político-militares de los colonialistas, practicada por ingleses y franceses, consistía en reclutar tropas africanas y lanzarlas a luchar contra poblaciones de otras etnias. Esto generó hostilidades interétnicas que han perdurado hasta hoy día, complicando el panorama político de los estados postcoloniales. Y generó otro fenómeno importante: algunos de los oficiales africanos formados en los ejércitos coloniales se convirtieron en gobernantes fieles a las ex potencias coloniales acostumbrados a tratar con crueldad y despotismo a las poblaciones de los países que pasaron a gobernar. Dos de los gobernantes que se nos han presentado como exponentes de la "barbarie africana", Idi Amin Dada y Jean-Bédel Bokassa, dictadores que gobernaron respectivamente en Uganda y la República Centroafricana durante los años 70, habían sido oficiales de los ejércitos coloniales inglés y francés. Idi Amin había dirigido la lucha contra los mau-mau de Kenya.

Retomando el hilo de la herencia estructural del colonialismo, repito que esta herencia consistió esencialmente en implantar unas economías heterocentradas. Los grandes sectores que se desarrollaron bajo estos parámetros fueron los **cultivos de exportación**, la **explotación forestal**, la **minería** y la **pesca**. Examinemos ahora a qué situación se ha llegado en los últimos tiempos.

Empecemos por la **agricultura**. Antes de 1960 África exportaba más alimentos que los que importaba, pero desde esta fecha las importaciones de alimentos superan a las exportaciones. Según un informe del PNUD de 1997, de 1974 a 1990 las importaciones de alimentos a la ASS crecieron un 185% (casi se triplicaron) y las ayudas alimentarias un 295% (se cuadruplicaron). En 1995 las importaciones de alimentos representaban el 17% de las necesidades alimentarias totales y se prevé que este porcentaje se duplicará hacia el 2010. Las importaciones de alimentos de los llamados "países con déficit alimentario" (PDA) de la ASS se han multiplicado por 12 en 30 años (de 1960 a 1990), calculándolas en valor monetario, y las importaciones per capita se han multiplicado por 6. Un hecho que agrava esta dependencia es que estas importaciones de alimentos hoy representan una factura mucho más gravosa que hace treinta años si la comparamos con los ingresos por exportaciones: han pasado de representar el 27,9% de los ingresos por exportaciones a representar el 47,7%, es decir, casi la mitad (aunque el porcentaje de alimentos en el total de importaciones no ha variado en el mismo período). Esto es un primer ejemplo de un fenómeno que veremos en otros sectores económicos: los africanos necesitan cada vez más exportar para obtener del exterior los mismos bienes que antes. A esto se le llama "**deterioro de los términos de intercambio**".

	Importación de alimentos (\$ USA)	% de alimentos en el total importado	Importación de alimentos sobre los ingresos por importación	Importación de alimentos per capita (\$ USA)
1960	136.132	19%	27,9%	2,2
1990	1.626928	20,8%	47,7%	13,1

SUBALIMENTACIÓN

	Población total (millones)	% de personas subalimentadas	Número de personas subali-mentadas
1970	270	38%	103
1990	501	43%	215

NIVEL ALIMENTARIO

	SEA per capita (kcal/día)	Proteínas p.c. (g/día)	Grasas p.c. (g/día)
África negra			
1970 1990	2.140 2.040	54 49	41 41
Mundo			
1970 1990	2.440 2720	65 71	55 69

Nota. SEA = suministro de energía alimentaria (básicamente hidratos de carbono)

¿Por qué pasa esto? Básicamente porque se ha impuesto una **orientación agro exportadora**. El colonialismo ya impuso conscientemente esta orientación porque le interesaban ciertos productos tropicales imposibles de producir en el clima templado de Europa: el café, el té, el azúcar, el cacahuete. Un buen ejemplo es el del aceite de cacahuete, que tenía una gran demanda en la Europa del siglo XIX, en plena industrialización, tanto para uso alimentario popular como para uso industrial. En la AOF los franceses estimularon de diferentes formas el cultivo de esta oleaginosa en detrimento de otros cultivos de subsistencia. Pero el gran impulso del modelo agro exportador vino, durante el siglo XX, a causa de la mundialización del mercado de cereales. Con productividades elevadísimas, basadas en la motorización, la mecanización, y el uso masivo de fertilizantes y plaguicidas químicos, los cultivadores de los 5 grandes productores mundiales de cereales (Estados Unidos, Canadá, Francia, Australia y Argentina) han reventado los precios de los cereales, arruinando a millones de pequeños cultivadores africanos, que no podían competir en precios y tenían que vender sus tierras o pasarse a cultivos de exportación. No es necesario decir que este modelo, a pesar de sus aparentes ventajas (tener alimentos más baratos), en conjunto arruinaba a estos países, generando una masa flotante de trabajadores pobres del campo que tenían que trabajar como asalariados en las tierras de los más afortunados (o en las plantaciones y minas de los extranjeros) o irse a las ciudades, en un éxodo rural atropellado que provoca las megalópolis suficientemente conocidas. Las economías de estos países quedan fragilizadas por el mercado en dos vertientes: los agricultores que trabajan para la exportación no controlan los precios, dependen del mercado mundial y sus fluctuaciones. La otra vertiente es la dependencia respecto del mercado mundial de granos: ya hemos visto cómo el deterioro de la relación de intercambio empeora la balanza de pagos (y en casos extremos puede condenar al hambre a millones de personas de manera repentina: ver las reflexiones de L. Brown sobre China).

Otro dato que vale la pena tener presente: de 1970 a 1990 la dieta de la ASS (calculada por la Sexta Encuesta Alimentaria de la FAO hecha en 1996) se ha mantenido estable en los datos de media, mientras que el consumo medio tanto de hidratos de carbono como de grasas y

proteínas aumentaba en todo el mundo. Además, esta media oculta la duplicación del número de personas que pasan hambre en la ASS, que ha pasado de 103 millones a 215 millones entre 1970 y 1990. Incluso el porcentaje sobre la población total ha crecido, pasando del 38% al 43%, caso único en el mundo.

Otro factor de vulnerabilidad del modelo agro exportador es la tendencia al **monocultivo**. La dependencia extrema de uno o unos pocos cultivos de exportación hace que cualquier oscilación de los precios mundiales (que normalmente controlan los países consumidores y no los productores) pueda provocar alternativamente una euforia o una bajada catastrófica. Los cultivadores autóctonos, sobre todo los pequeños, no tienen recursos financieros para hacer frente a las bajadas, se ven obligados a menudo a abandonar la tierra, agravando la crisis agraria y el éxodo rural. Ver las cifras de monocultivo.

MONOCULTIVO

Porcentaje en el total de exportaciones agrícolas y ganaderas

COMORES	vainilla, clavo	93,9%
ETIOPIA	café	55,2%
BURK. FASO	algodón, bovinos	70,8%
TOGO	cacao, algodón	62,9%
BENIN	cacao, algodón, aceite de palma	71,6%
RUANDA	café (1970)	87,5%
	(1992)	58,4%
MALÍ	algodón, bovinos	60%
SENEGAL	cacahuete (1970)	62,5%
	(1992)	31,9%
GAMBIA	cacahuete	
GUINEA-BISSAU	cacahuete	
LESOTHO	lana, bovinos	
MOZAMBIQUE	algodón	
SOMALIA	plátanos, ovinos, caprinos	

El deterioro de los términos de intercambio ha tenido efectos muy catastróficos en el caso de los productos agrarios, más aún que en los de la minería o la pesca. Así, en el año 2000 el café, el té y el cacao se vendían a 1/6 del precio máximo conseguido en 1977, y el algodón y el caucho natural a un 75% del precio máximo conseguido en 1973.

¿Cuáles son los resultados ambientales de la nueva agricultura africana desde los años 50? Se pueden resumir en **degradación de los suelos, contaminación por agroquímicos y estrés hídrico** en numerosas regiones del subcontinente. Entre 1945 y 1990 la superficie cultivable degradada alcanzaba en África el porcentaje más elevado del mundo sobre el conjunto de tierras cultivables: el 65%, sólo superado por América central (74%). Por degradación de suelos se entiende compactación, pérdida de fertilidad y de riqueza biológica, erosión y, como resultado final, desertificación, avance del desierto. La contaminación por agroquímicos sólo se ha producido en las regiones donde se ha podido aplicar la agricultura moderna. El estrés hídrico, como la contaminación química, tiene mucho que ver con las presiones productivistas para aumentar, al precio que sea, el rendimiento de cada hectárea. En unas economías cada

vez más dependientes del mercado mundial, las presiones productivistas forman parte del panorama habitual. El deterioro de los términos de intercambio es una circunstancia que empuja hacia el productivismo, porque el poder adquisitivo de cada saco de café o de vainilla disminuye año tras año, de manera que es necesario sacar de la tierra tanta cantidad como sea posible sólo para mantener el mismo nivel adquisitivo del año anterior. Eso quiere decir abandonar las prácticas de conservación de la tierra, de dejarla descansar durante los años que sean necesarios, de combinar agricultura y ganadería, etc. Las sociedades tradicionales precoloniales habían llegado a situaciones de equilibrio muy interesantes que preservaban la fertilidad de la tierra e impedían normalmente que las sequías se transformaran en hambrunas masivas.

Las tensiones productivistas han hecho mucho daño tanto a las regiones tropicales húmedas como a las zonas más secas y áridas cubiertas de sabana. En los trópicos el productivismo lleva a quemar parcelas de bosque para poder plantar, provocando la deforestación, con todos sus males. La deforestación, por otro lado, es como matar a la gallina de los huevos de oro, porque las tierras ganadas a la selva tienen una capa muy fina y frágil que pierde rápidamente la fertilidad después de tres o cuatro años de cultivo, dejando finalmente un yermo o un desierto.

La situación de las tierras más secas de la sabana queda bien ilustrada por la crisis agrícola y ganadera del Sahel Occidental de los años 70 y 80. De 1968 a 1975 hubo una fortísima sequía que condujo a una hambruna generalizada que ocasionó muchas víctimas. La sequía y el hambre se reprodujeron en 1985-1986. Se dijo entonces que el desastre era consecuencia de fenómenos naturales. Pero un examen de lo que había pasado muestra que no es así. Nadie, ni los más viejos, recordaba una hambruna tan terrible y que afectara a tanta gente y a tanto territorio. Durante los años 50 y 60 la política de precios garantizados del cacahuete en diversas regiones de la AOF impulsó una gran expansión de este cultivo. En Níger, por ejemplo, se pasó de 73.000 ha en 1938 a 432.000 en 1968. Simultáneamente, la ganadería, favorecida por la vacunación del ganado, la obtención de nuevas variedades de animales, la perforación de pozos y las técnicas modernas de conservación de la carne, hizo pasar al ganado bovino del mismo país de 760.000 a 4.500.000 unidades entre los años 1938 y 1970. Los ovinos y caprinos experimentaron un crecimiento equivalente. En años anteriores en estos países se había llegado a un cierto equilibrio entre cultivos de subsistencia (básicamente los cereales tradicionales, mijo y sorgo), el cacahuete y el ganado. Cada año se dejaban en barbecho, sin cultivar, algunas tierras de "reserva", y al ganado se le dejaba pastar tanto en las tierras de barbecho como en los campos después de la cosecha, de manera que la tierra se fertilizaba con su estiércol. Pues bien, las presiones productivistas inducidas por los franceses que desencadenaron el citado crecimiento explosivo tanto de los cultivos como del ganado hicieron imposible la simbiosis descrita. Muy a menudo se abandonaron los cultivos de cereales y se tenían que comprar en el mercado de productos alimentarios. Los suelos, privados de descanso y de fertilizantes, se agotaban y producían menos, a pesar de la introducción de variedades más productivas de cacahuete. Algunos agricultores, demasiado pobres para comprar fertilizantes, tenían que abandonar unas tierras estériles y quemaban el bosque para conseguir tierras fértiles. Los ganaderos, privados de sus pastos en los terrenos agrícolas, buscaban otros pastos cometiéndolos a sobrepasturaje, estimulados también por el aumento del número de pozos disponibles. El resultado de todo junto fue un colapso de los frágiles ecosistemas de la zona.

SEQUÍA Y HAMBRE EN EL SAHEL OCCIDENTAL (de 1968 a 1975 y de 1985 a 1986): LOS PRECEDENTES

NÍGER: evolución de la producción

	1938	1968-1970
Cacahuete (ha)	73.000	432.000
Ganadería bovina (cabezas)	760.000	4.500.000

SISTEMA TRADICIONAL

cereal (*mijo o sorgo*)

cacahuete

[*alternancia y barbecho*]

ganadería

[*pastar en los campos después de la cosecha*]

SISTEMA NUEVO

cacahuete --- *sin barbecho / tala de bosque*

ganadería-- *sin acceso a los campos cultivados: sobrepasturaje y agotamiento de pozos y charcas de agua*

Se calcula que en la zona afectada (que comprende Malí, Burkina Faso y Níger, entre otros países) murieron de hambre unas 100.000 personas, la mayoría niños. Se perdió buena parte de las cosechas durante años consecutivos. Una gran parte del ganado murió de hambre y sed. Se secaron muchos estanques y charcos de agua y se redujeron los caudales de los ríos y lagos, disminuyendo drásticamente la pesca (en Malí en los años 1972 y 1973 llegó a ser 1/5 de lo que era habitual). Resurgieron enfermedades desaparecidas. El abandono de los campos y la tala de árboles para diversos usos hizo avanzar al desierto. Centenares de miles de personas huyeron hacia las ciudades, como verdaderos "refugiados ecológicos". Se registraron muchos casos de locura y suicidio. En el Sahel las sequías habían sido siempre habituales, pero ni los más viejos recordaban ninguna de tales dimensiones. La lección de este caso es que en unos ecosistemas frágiles el uso de ciertas técnicas y la implantación de proyectos productivistas maximizadores, destinados a aumentar los ingresos en dinero, tienen efectos no deseados de destrucción ecológica, a menudo irreversible. Las poblaciones autóctonas habían aprendido durante siglos a convivir con un entorno natural adverso y habían desarrollado técnicas que permitían alimentarse y vivir dignamente, a pesar de la pobreza, sin deteriorar la base natural de recursos. ¿Quién se benefició del productivismo y la "modernización"? En parte algunos administradores coloniales, en parte negociantes franceses, especialmente en el comercio de la carne y el cacahuete, que se exportaban a las ciudades pero sobre todo a Francia, y en parte algunos notables locales. ¿Quién salió perjudicado? Una gran masa de pequeños y medios campesinos y pastores arrastrados por la vorágine productivista, que perdieron bueyes y esquilas, tuvieron que malvender las tierras y emigrar hacia los *bidonvilles* de las ciudades.

Pasamos ahora a examinar qué ha pasado con los **bosques**. Los bosques se pierden y se degradan a ritmos acelerados. Es difícil tener una idea cuantitativa exacta de la situación, porque las estadísticas más completas, las de la FAO, son inservibles porque se basan en el criterio de definir la deforestación como la conversión del bosque a otros usos, como cultivos y pastos. No registra como deforestación el bosque talado que se deja regenerar ni el que se

convierte en plantación. Se puede eliminar el 80 o 90% de los árboles mediante la tala sin que la FAO lo registre como deforestación. Los culpables de la deforestación son, entonces, según este criterio, los pequeños cultivadores que queman un trozo de selva empujados por el hambre, pero no las grandes compañías madereras. Aún así, las cifras disponibles han de tener alguna relación con la realidad. Nos dicen, por ejemplo, que durante los primeros decenios del siglo XX las pérdidas forestales más importantes se produjeron en el hemisferio norte, América, Europa y Asia, así como en el mundo mediterráneo y en Oriente Medio, mientras que los últimos 30 o 40 años la deforestación más importante se ha producido en los trópicos, donde el ritmo continúa acelerándose. Entre 1960 y 1990 se ha perdido 1/5 del bosque tropical en el mundo. En África se calcula que la pérdida no ha sido tan fuerte como en Asia (33%) pero que alcanza la media mundial (18%). Los países más afectados son la RD del Congo, Costa de Marfil, Togo, Nigeria y Guinea. Si la tala crece a un ritmo inferior al de Asia tropical, en cambio la reforestación es mucho más lenta. Se calcula que en Asia tropical por cada 4,5 hectáreas taladas de bosque se reforesta una, en cambio en África tropical se reforesta una de cada 29 hectáreas taladas (cifras de 1989).

DEFORESTACIÓN

A partir de 1960 la deforestación más grande en el mundo se ha producido en los trópicos.

1960-1990: pérdida de 1 / 5 del bosque tropical en el mundo:

Asia 33%
África 18%

REFORESTACIÓN

(relación entre superficie talada y reforestada)

	Superficie talada	Superficie reforestada
ASIA	4,5	1
ÁFRICA	29	1

Los daños infligidos a los bosques, por otro lado, no se limitan a la madera extraída. La explotación forestal moderna utiliza una maquinaria pesada de grandes bulldozers, grúas y camiones. Para que esta maquinaria pueda acceder al bosque es necesario abrir pistas forestales, y se destrozan muchos árboles y otra riqueza vegetal sin proporción con la madera aprovechada, de manera que la destrucción es enorme. La brutalidad mecanizada con que se practica el aprovechamiento de la madera le ha merecido el nombre de “**minería maderera**”. Se destruyen ecosistemas donde no sólo se preservaba una gran riqueza en biodiversidad, sino también donde las comunidades autóctonas obtenían, con una forma sostenible de explotación, alimentos, plantas medicinales, fibras y leña, caucho, nueces y otros frutos del bosque, y animales de caza. Se acusa a la pobreza de destruir los bosques para ganar tierras de cultivo o de pasto, pero está fuera de duda que la gran destrucción de los bosques africanos (como la de los otros bosques tropicales del mundo) es la explotación maderera de grandes compañías, normalmente extranjeras, que tienen el capital suficiente para invertir en empresas supermecanizadas de extracción. De hecho, las poblaciones rurales que viven cerca de los bosques tienen una cultura de preservación de los bosques. Por ejemplo, no cortan árboles para leña, sino que aprovechan ramas y troncos muertos, y no cazan hembras embarazadas.

Tampoco no exterminan a las poblaciones de rinocerontes o elefantes para obtener cuernos o colmillos, como hacen los traficantes de estos productos. Un fenómeno reciente que está también contribuyendo al deterioro de los bosques es la demanda de leña (y madera) de las ciudades africanas, en vías de crecimiento rápido. Los comerciantes de la ciudad que van a adquirir leña ya sólo piensan en el negocio y no en la preservación del bosque. Las poblaciones urbanas están perdiendo o ya han perdido la cultura conservacionista.

Los gobiernos locales lo que hacen es dar concesiones a estas compañías extranjeras. En parte lo hacen para tener ingresos para pagar la deuda externa y disponer de divisas. Pero a menudo eso está ligado a la corrupción, a la participación de las elites gubernamentales en el negocio.

Este crecimiento de la degradación forestal en África no se explicaría sin el crecimiento desorbitado de la demanda de productos de la selva (como el marfil), pero sobre todo de la demanda de madera en todo el mundo, empezando por los países más ricos. Entre 1950 y 1996 la demanda mundial de madera se ha multiplicado por 2 y el consumo de papel por 5. El consumo por persona en los países industrializados es 12 veces mayor que en los países subdesarrollados. Aquí volvemos a encontrar datos que hacen pensar que la prosperidad occidental del último medio siglo es un fenómeno capital para explicar la aceleración experimentada en la degradación ambiental. En el caso de la madera y el papel, los datos indican que la industria extractiva se ha orientado cada vez más hacia los países tropicales en los últimos 40 años.

Examinemos la **minería** y la **explotación de recursos energéticos minerales**. Se calcula que las reservas de riqueza mineral de África subsahariana representan el 13,8% (en valor) del total de reservas mundial. Este porcentaje supera a los de Europa, Asia y Oceanía, y es superado por el de las Américas y de Rusia. Teniendo en cuenta que África es el continente menos industrializado de todos y el de menor consumo energético, está claro que la extracción de minerales africanos se hace casi del todo al servicio de los países de los otros continentes, y especialmente de los más industrializados. En la ASS hay una minería importante de minerales metálicos tan necesarios en la industria moderna como la bauxita, el cobre, el níquel o el cromo. Guinea tiene el 14% de las reservas mundiales de bauxita y Sudáfrica el 73% de las reservas mundiales de cromo. El oro y los diamantes también están bien representados. El consumo de todos estos productos del subsuelo se concentra en los países occidentales, que en casi todos los casos se acerca o supera el 75% del consumo mundial (con el 20% de la población).

La minería ha tenido en África efectos sociales y económicos también desestabilizadores. Un ejemplo es la **monoproducción**, que hace depender los ingresos por exportaciones de uno o pocos minerales. Con el agravante que en el campo de la minería se está produciendo también un deterioro de los términos de intercambio, aunque con oscilaciones mucho menores que en el caso de los productos agrícolas. En el conjunto del mundo, los minerales metálicos se vendían en el año 2000 a un 50% de los precios de 1974 (media mundial).

MONOPRODUCCIÓN MINERAL

Porcentaje de las exportaciones de minerales en el total de las exportaciones

(en valor monetario)

BOTSWANA	diamantes, cobre, níquel	89%

ZAMBIA	cobre	86%
LIBERIA	diamantes, hierro	60%
ZAIRE	diamantes, cobre	57%
TOGO	fosfatos	50%

RESERVAS DE LOS 15 MINERALES MÁS IMPORTANTES (en valor monetario, año 2000)

Europa	5,41%
Asia	9,95%
Oceanía	10,06%
<i>África negra</i>	<i>13,8%</i>
Rusia	23,84%
América	36,75%

Los efectos ambientales de la minería, en conjunto, son mucho menores que el de las actividades forestales y agrícolas. En cambio, a nivel local provocan gravísimos episodios de contaminación, intoxicando tierras y aguas, destrozando bosques, y por tanto obligando a poblaciones enteras a desplazarse. Las ganancias en puestos de trabajo difícilmente pueden compensar la destrucción de hábitos y de ecosistemas que eran una fuente de riqueza y vida local. Un caso que ha trascendido la barrera mediática que acostumbra a ocultar estos daños es la lucha del pueblo ogoni de Nigeria contra las perforaciones de la Shell en su territorio ancestral, que ha provocado el envenenamiento de las aguas debido a los vertidos y las fugas, así como incendios frecuentes. La agricultura y la pesca sufrieron y se degradaron gravemente las condiciones de vida de miles de ogonis. Empezó una resistencia pacífica encabezada por el líder local Ken Saro-Wiwa que llevó a una intervención creciente del ejército nigeriano, a pesar de la difusión que se hizo en los foros internacionales de la lucha de los ogoni por su supervivencia. La represión se endureció, con matanzas ejemplarizantes, asaltos con armamento pesado contra poblados, asesinatos y mutilaciones, destrucción de viviendas y tala de árboles frutales. Finalmente el gobierno nigeriano escenificó un enfrentamiento tribal ficticio para poder acusar a Ken Saro-Wiwa y a otros 8 líderes ogoni de asesinato y someterlos a un juicio-farsa que los condenó a morir ahorcados. La ejecución se llevó a cabo en noviembre de 1995, a pesar de la campaña internacional de protesta.

La **pesca** se ha de tomar también en consideración. Es bien sabido que muchas de las principales pesquerías del mundo están cerca del agotamiento y que harían falta medidas de suspensión temporal para permitir la regeneración. La causa principal de este saqueo de los mares es el conjunto de técnicas nuevas: grandes barcos-factoría que utilizan redes quilométricas y grúas de gran potencia para elevar las capturas, y sistemas de congelación y conserva, que permiten practicar la pesca como un negocio de grandes dimensiones que busca la maximización de los beneficios a cualquier coste. Con estas técnicas, que destrozan la riqueza pesquera en unas proporciones mucho más altas que la captura de pescado finalmente útil para el consumo humano, hacia los años 70 las pesquerías tradicionales explotadas por las flotas pesqueras de los países ricos empezaron a mostrar señales de agotamiento, y entonces las grandes compañías pusieron los ojos en las riquezas del Sur. Empezó una política de acuerdos con países pobres. Recordemos que las grandes compañías pesqueras españolas se orientaron hacia las aguas de países como Namibia y Marruecos. Durante los años 80 y sobre todo 90 se firmaron acuerdos de países industrializados con 16

países africanos. Pues bien, según un informe encargado por el PNUD el año 1996, las rentas obtenidas por estos países africanos en virtud de los citados acuerdos no llegan ni al 10% del valor de las capturas de las grandes compañías extranjeras en sus aguas jurisdiccionales.

Es difícil hacerse una imagen documentada y completa del conjunto de los fenómenos aquí considerados. Yo sólo he estado en condiciones de reunir informaciones fragmentarias, pero que me parecen significativas. He intentado encontrar, y en muchos casos lo he conseguido, cifras y datos globales que dan una aproximación a la magnitud del desastre y que ponen en evidencia que África subsahariana es y ha sido víctima de un auténtico expolio de sus recursos naturales, expolio que, a pesar de los progresos económicos hechos en algunos países, gravita como una losa sobre el potencial de desarrollo que existe en este continente. De hecho, la destrucción de ecosistemas está hipotecando gravemente el futuro de todo el continente.

Resumiendo, se puede decir lo siguiente.

1) África está sufriendo, como otras regiones productoras de materias primas, un deterioro secular de los términos de intercambio. Según el informe "Signos vitales" del WW Institute del año 2001, los precios medios mundiales de los recursos naturales (excluyendo los combustibles) han pasado en un siglo, del 1900 al 2000, a representar un tercio de lo que habían sido en el año 1900.

2) Entre los factores que mantienen y acentúan este deterioro comercial los hay estrictamente comerciales, pero que en realidad expresan relaciones de fuerza (en este caso, de fuerza económica), como las condiciones que los países consumidores pueden imponer a menudo a los países productores, vulnerables, además, cuando se encuentran en situación de monocultivo o monoproducción; también juegan las políticas comerciales de los países ricos, por ejemplo a través de la ayuda, encubierta o descarada, a las exportaciones de cereales; pero también hay factores técnico-económicos, en particular las sustituciones de importaciones debido a avances técnicos o al reciclaje. (Ejemplos de sustitución del azúcar por HFCS desde los años 80, y el reciclaje de metales. En 1991 se recuperaba ya el 43,5% del plomo, 27,6% del aluminio, 21,1% del zinc, 43,4% del cobre y 16% del estaño: no es necesario decir que esto, que es un progreso ecológico, hace bajar la demanda de los minerales correspondientes y por tanto sus cotizaciones en los mercados).

3) La deuda externa es un factor importantísimo de degradación ecológica, porque presiona a fin de que los gobiernos africanos de los países endeudados, que son casi todos, busquen el dinero donde sea. Acaban recurriendo a menudo a la solución más al alcance: vender recursos naturales más allá de lo que estarían dispuestos en una situación normal. (Efectos perversos: presión a la baja de los precios, y para obtener unos mismos ingresos hace falta una cantidad mayor de madera o de minerales).

4) La explotación o extracción de estos recursos se ha de hacer casi siempre en colaboración con compañías extranjeras, que son las que tienen el dinero y las técnicas, y que se llevan la parte del león del negocio.

5) Un aspecto particularmente siniestro de este expolio es el de las **guerras**. La última sesión de este ciclo está destinada al tema de los conflictos armados, y por tanto no me extenderé. Pero sí que hay que recordar aquí que se produce un conglomerado de confrontación política, confrontación étnica y compra de armas a los Estados Unidos, Unión Europea, Rusia o China, con la explotación de los recursos naturales, que se presenta como una fuente fácil y

alcanzable para los gobiernos o los grupos rebeldes armados. “Cada vez hay más conciencia de la relación directa entre la extracción ilegal de recursos, el tráfico de armas, los conflictos violentos, las violaciones de los derechos humanos, los desastres humanitarios y la destrucción del medio ambiente”, dice Michel Renner en el último informe del WW Institute. Hay un círculo vicioso: el botín de la explotación de los recursos financia la guerra, y la guerra, a su tiempo, permite un acceso continuo a estos recursos. El tráfico de armas está íntimamente ligado con el comercio ilegal de materias primas, como los minerales, la madera o los diamantes. La gran expansión del comercio mundial en la era de la globalización capitalista y el crecimiento de las redes financieras incontrolables han facilitado mucho el acceso de los grupos guerreros a los principales mercados (sea para comprar armas o para vender recursos). Un solo ejemplo, pero significativo: el del coltano en la RD del Congo. Se trata de un barro negro y arenoso que contiene columbita y tantalita. El tántalo resiste mucho el calor y es esencial para la industria de la comunicación, los teléfonos móviles y ordenadores portátiles. El Congo es la 4ª reserva mundial de coltano. Las tropas ruandesas y sus aliados rebeldes de la UDC se apoderaron de grandes stocks de coltano en los años 1998 y 1999, expulsaron a los agricultores de tierras ricas en coltano e hicieron trabajar forzosamente a sus prisioneros en su extracción. Muchas cosas parecidas se podrían decir de las guerras de Sierra Leona, de Liberia y de Angola. No creo que sea una exageración decir que una parte de nuestra prosperidad occidental está manchada de sangre africana.

Una consideración final. Toda esta exposición ilustra una idea que circula desde hace unos años, la idea de la **deuda ecológica**. Si la deuda económica es una deuda que se habla tanto, una deuda visible y reconocida, cuantificada y escrita en documentos oficiales que vinculan a los gobiernos endeudados, la deuda ecológica aún no es más que una idea normativa, pero a mi entender indiscutiblemente real, que habría que reconocer, hacer visible y cuantificar, si eso fuera posible. En todo caso, para mí es evidente que la prosperidad de los países del Norte se ha construido, en parte al menos, sobre la base de saquear recursos naturales de regiones del Sur, de importar estos recursos sin contrapartidas justas. En este intercambio desigual, los países del Norte hemos contraído una deuda ecológica que deberíamos pagar, y éste es un argumento de peso para plantearse seriamente una transformación radical del sistema de flujos de riqueza que cruzan el mundo, a fin de hacer posible el detener la carrera hacia el abismo que nos lleva a una creciente desigualdad entre países totalmente insostenible, si es que queremos vivir en un mundo no sólo más justo, sino más estable y equilibrado.